

# EL COMERCIO.

Año XXXVIII.

Juésves 11 de Marzo de 1880.

Núm. 13.196.

CADIZ 11 DE MARZO,

En vano algunos periódicos citan precedentes de otros pueblos y de nuestro país mismo, contra la tendencia del señor Cánovas a encerrar la vida política de España en dos solos partidos gobernantes, que turnen pacíficamente en la dirección de los negocios públicos, acentuando el uno la idea conservadora y el otro la idea liberal.

En vano, decimos, porque nadie ha negado ni puede negar el hecho que se recuerda por vía de contradicción á las opiniones tan elocuentemente expuestas por el actual Presidente del Consejo de ministros. ¿Qué fué la union liberal en sus buenos tiempos, sino un partido intermedio entre los antiguos moderados y los antiguos progresistas, un tercer partido que pudo ejercer y ejerció grandísima influencia, hasta el punto de haber ocupado el poder durante cinco años consecutivos?

Y esto sin contar la multitud de partidos que han existido siempre y existen hoy también, alimentándose, digámoslo así, con los recuerdos del pasado y con las esperanzas del porvenir.

No se trata de eso: se trata pura y simplemente de la situación actual de España: del momento histórico presente, como ahora se dice.

Dado el vuelo que relativamente han tomado las ideas anti-monárquicas en la sociedad moderna; dada la necesidad de agrupar todas las fuerzas dinásticas de nuestro país en torno de la monarquía constitucional, para impedir la irrupción de las ideas revolucionarias, mucho más peligrosas hoy que cuando solamente envolvían un grito de guerra contra los gobiernos, y no un ataque directo á la Magestad real; dada esta corriente de las ideas que afecta á todo lo que hay de más fundamental en la vida de las naciones, ¿es ni puede ser conveniente fraccionar los elementos monárquicos, de manera que surjan de ellos partidos pequeños, partidos débiles, partidos impotentes para conservar á su debida altura el prestigio de nuestras instituciones?

Esta es la cuestión.

Todavía nos explicaríamos, como un mal inevitable, la pretension de formar un tercer partido, si los dos que principalmente cuestionan por la posesion del poder exagerasen de tal modo sus ideales respectivos que, siendo el uno demasiado conservador y el otro demasiado liberal, constituyesen por esto mismo un gran peligro para los dos grandes principios que están llamados á sostener; ¿pero hay alguna persona imparcial y desapasionada que entre la política del Sr. Cánovas, cuyas tendencias liberales saltan á la vista de todo el mundo, y la que se dibuja en la actitud y en los discursos del Sr. Sagasta, encuentre terreno disponible para una tercera manifestación de aspiraciones que se encaminen á la proclamación de una política media?

Hay mas aun: á raíz de la crisis de Marzo que elevó al poder el general Martínez Campos, habríase comprendido que sobre la base del alto prestigio de ese militar insigne, se hubiese intentado plantear aquí una política independiente de la del partido liberal-conservador, una política propia del ilustre pacificador de Cuba. No sucedió esto ni era conveniente que tal cosa se intentara. El general Martínez Campos tuvo bastante patriotismo y bastante buen sentido para no querer hacer semejante ensayo. Lo

que no fué posible entonces, ¿había de serlo ahora? ¿Vale el general Martínez Campos, como hombre político, lo que podía valer en ese sentido cuando el país solamente conocia sus relevantes dotes militares y sus condiciones de probidad y abnegación? ¿Tiene realmente la voluntad y el deseo de formar un partido á su imagen y semejanza?

¿Con qué elementos se cuenta, pues, para establecer ese término medio indefinido é indefinible, entre el partido liberal-conservador y el partido constitucional? Sobre ser profundamente perturbadora y anárquica, es de todo punto irrealizable la idea, que ha combatido el señor Cánovas, por mas que tenga en su favor el apoyo que la presta el Sr. Alonso Martínez con la cooperacion de su poco afortunado centro parlamentario.

Un nuevo artículo sobre el militarismo político ha publicado el *Diario de Barcelona*: el asunto es interesante, y ciertos incidentes parlamentarios promovidos hace poco, le dan carácter de actualidad. Véase lo que dice, entre otras cosas, el colega barcelonés respecto de ese asunto:

«Ya que es inconveniente, ya que es peligroso, ya que es contrario á la ordenanza el hecho, por desgracia repetido con sobrada frecuencia en nuestros Parlamentos, de que oficiales generales se falten entre sí á las debidas consideraciones del elevado puesto que ocupan, ó falten al ministro de la Guerra, su superior jerárquico, lo cual es faltar á la ordenanza, con la circunstancia agravante de publicidad, dando mal ejemplo á sus inferiores, ¿se han de cerrar las puertas del Parlamento á los militares? Esta es la cuestión que se ha planteado muchos de los que en estas materias se ocupan, al leer las sesiones llamadas militares que se producen de un año á esta parte.

Nosotros no opinamos porque á los militares se les deban cerrar las puertas del Parlamento; pero tememos que algun día se las cierre la ley, si ellos no procuran mantenerse las abiertas por la conducta circunspecta y prudente que en el Parlamento observen.

No hay que perder de vista que en todas las naciones militares es el rey el jefe del ejército; que el ejército forma como una familia aparte dentro del Estado, con sus leyes especiales que le dan derechos superiores á los demás ciudadanos; pero que á proporcion de estos derechos, le imponen también deberes superiores á los de los demás ciudadanos. Por efecto de la organizacion especial de los ejércitos permanentes, el Rey ha continuado considerándose como el jefe de esta familia, como el *primus inter pares* de los jefes de mas elevada graduacion. Anunciado este concepto, se comprenderá lo que esto exige de cordura y de circunspeccion en los militares que forman parte de nuestros Parlamentos: pues, como decía con mucho tino el general Prim, las palabras de los militares en los actos políticos adquieren una gravedad y una importancia que no tendrían si fuesen pronunciadas por simples paisanos.

Así lo han comprendido también los pocos militares que forman parte de los Parlamentos europeos, quienes se limitan generalmente á tratar las cuestiones técnicas de su competencia, y á tratarlas por medio de observaciones muy meditadas, muy estudiadas y muy respetuosas. Por esto no hay ejemplo que en ningun Parlamento europeo se hayan pronunciado nunca palabras tan graves, tan preñadas de amenazas, como las que profirió el general Lopez Dominguez en la sesion del día 3 de Febrero, cuando dijo: «En estos tiempos de progreso, de luz, de adelantos y de publicidad, no puede imponerse cosa alguna por la voluntad de un ministro, y utopia sería el que pretendiera S. S. que los militares no se ocuparan de política, teniendo este

derecho por la Constitución y por las leyes; y esté seguro S. S. que lo mas conveniente es que aquí discutan militares y civiles; en la firme inteligencia que si este derecho se les negara, habrían de ocuparse de los asuntos públicos y que atañen á la gobernacion del Estado en otros sitios acaso peligrosos en efecto y menos convenientes de seguro.»

Al dirigir esta poco embosada amenaza al ministro de la Guerra, el Sr. Lopez Dominguez padeció varias distracciones: la primera es que cuando sus amigos ocupaban el poder no queria para los militares sino la ordenanza; teniendo por absurdo que se les aplicara la Constitución; la segunda es que entonces no solamente se pudo impedir que los militares discutieran de política en el Parlamento, sino que se tuvieron cerradas ambas Cámaras y aberrojada la prensa, como jamas estuvo—desde el 3 de Enero al 31 de Diciembre de 1874—á pesar de que eran gobierno los amigos de la luz, de los adelantos y de la publicidad; la tercera es que en las primeras naciones de Europa, que no son enemigas del progreso, de la luz, de los adelantos y de la publicidad, los militares no se ocupan en hacer política ni en el Parlamento ni en ninguna otra parte.

En este punto continuamos siendo una triste excepcion en el concierto de las naciones civilizadas, á pesar de los grandes sacrificios que nos impusieron el Sr. Lopez Dominguez y sus amigos para que entráramos en él. Si; no hay Parlamento en Europa donde un diputado militar hubiese podido proferir una amenaza como la que encierran los párrafos antes copiados, sin que la Cámara entera hubiese protestado indignada de ese atentado contra sus derechos y su dignidad; pero en España se sufren esas generalidades con cierta resignacion, porque estamos acostumbrados al militarismo político que tan irregular y deplorable intervencion ha tenido en los sucesos de nuestra historia contemporánea.»

Como complemento de estos antecedentes y de estas consideraciones, recuerda *El Diario Español* lo que sobre la ordenanza y sobre la Constitución dijeron, no hace muchos años, en el Parlamento, dos generales cuyo amor á los derechos de los ciudadanos no pondrán seguramente en duda las oposiciones.

«El señor general Serrano, duque de la Torre.—«Ha citado S. S. algunos artículos de la Constitución, que se han infringido, y ¿qué tiene que ver la Constitución con la ordenanza? Nada absolutamente, absolutamente nada. La ordenanza es una ley anterior, es una ley posterior, que vive siempre para los militares y vive mas para la clase de generales, porque la ordenanza dice que será mayor la falta cuanto mayor sea el puesto, el cargo, el empleo del que la cometa, y nada hay mas alto que la clase de generales.»

El señor general Lopez Dominguez.—«¿Ay del ejército si la Constitución fundamental del Estado se le aplicara en absoluto y en todo y por todo! Si el ejército ha de ser la salvaguardia de todos los poderes, la garantía de la tranquilidad del país, el defensor de la integridad nacional, es necesario que tenga por raíz, por fundamento, una ley especial, y esa ley especial es la ordenanza militar.»

Los periódicos de oposicion y sus corresponsales no saben ya que decir para formular censuras contra el señor Cánovas del Castillo. Una correspondencia de Madrid dirigida á un periódico democrático fusionista de Valencia dice que el Sr. Cánovas sobresale en el Parlamento, por la escasez de oradores.

A lo cual contesta el *Diario Español*: «Castelar, Martos, Sagasta, Carvajal, Alonso Martínez, Albareda, Romero Ortiz, Leon y Castillo, Gamazo, Moret, Sardoal, Echegaray, Becerra, Labra, Balaguer, Navarro y Rodrigo y otros, no tan elocuentes como estos, pero oradores cu-

ya palabra siempre es escuchada con atencion, no serán en concepto del corresponsal del periódico democrático, oradores.

¿Si estuviera el Sr. Ruiz Zorrilla en el Parlamento! ¡Ah! entonces, todo el talento del Sr. Cánovas, la habilidad del Sr. Martos, la elocuencia del Sr. Sagasta; la oratoria del Sr. Carvajal, la culta frase del Sr. Romero Ortiz, la verbosidad del Sr. Labra, la fina intencion del señor Sardoal, los recursos oratorios del señor Navarro y Rodrigo, el bellísimo estilo del Sr. Moret, los apóstrofes del Sr. Leon y Castillo, el ingenio del Sr. Echegaray, la discrecion del Sr. Balaguer, y el talento, y el estilo, y la elocuencia, y la habilidad de oradores como los señores Silvela, Romero Robledo, Elduayen, Bugallal, Bosch, Serrano, Alcázar, Pidal, Los Arcos, y tantos otros como existen en el Parlamento, quedarían oscurecidos, sepultados, triturados ante la sin igual palabra del Sr. Ruiz Zorrilla, cuyas profundidades parlamentarias han asombrado al mundo. ¡Ah! por qué, por qué no estará el Sr. Ruiz Zorrilla en el Parlamento?

Leemos en el *Diario Español* del Lunes:

«Hoy volverá á reunirse la comision de presupuestos de Cuba para seguir ocupándose del exámen del proyecto presentado por el gobierno, y formular dictámen, que probablemente quedará terminado para el Miércoles ó Juésves de la presente semana.

También se reunirá hoy la comision general de presupuestos. Es posible que quede terminado el exámen de los dictámenes de las subcomisiones, en cuyo caso se presentará el proyecto al Congreso en esta semana.»

La *Revista de Hacienda* desea que la prensa periódica discuta las siguientes cuestiones:

1.º Medios de impulsar y facilitar la creacion de Bancos agrícolas y Cajas de ahorros en todos los grupos de poblacion que reúnan suficientes condiciones.

2.º Sobre qué bases podría establecerse la persecucion del contrabando, á fin de obtener la supresion de los resguardos terrestres y marítimos.

3.º Reformas en la justicia penal y sustitucion posible en el Código de algunas penas de privacion de libertad, por las pecuniarias, destierro, etc., para que, disminuyendo así el número de encarcerados, puedan ser ménos y mejor servidos los llamados establecimientos penales.

4.º Elementos de que pueda y deba disponer la potestad civil para fomentar eficazmente la instruccion y moralidad del clero, singularmente del clero parroquial.

Y 5.º Determinar todos los gastos públicos que no sean indudablemente reproductivos ó verdaderamente necesarios para la conservacion normal de la vida del Estado, y sin pérdida positiva y sensible del escaso valer que hoy representa ante las demás potencias.»

La real órden del ministro de la Guerra, que publica la *Gaceta*, autorizando á los capitanes generales de los distritos para conceder licencias á los reclutas del actual reemplazo, á la letra dice así:

«Excmo. Sr.: Con el fin de evitar gastos al Estado y perjuicios á los interesados, S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido por conveniente autorizar á V. E. para conceder á los reclutas del actual reemplazo que ingresen en caja con recurso pendiente, licencia que no exceda de dos meses, con obligacion de presentarse dichos individuos al terminar este plazo, ó antes si son llamados; entendiéndose que no se les abonará pasaje, haber ni pan en dicho tiempo. Siendo asimismo la voluntad de S. M. que al finalizar las operaciones del reemplazo se sirva V. E. manifestar á este ministerio el resultado de la expresada autorizacion.

De real órden lo digo á V. E. para su





